

Las vías truncas

Dimensiones y tensiones del conflicto de desocupados en Argentina

MARISTELLA SVAMPA Y SEBASTIÁN PEREYRA

La emergencia y el desarrollo de un movimiento social de desocupados no es algo necesario ni evidente. La literatura sociológica ha insistido, más bien, en el conjunto de dificultades, tanto de carácter objetivo como subjetivo, que atraviesa la acción de los desocupados y que impide que éstos se conviertan en un verdadero actor colectivo. A la problemática vinculada con el hecho de que los desocupados se hallan “fuera” de la estructura social, que no ocupan “ningún lugar”, que son por ello “irrepresentables”, muchos añaden aquella otra dimensión que remite a la heterogeneidad de trayectorias o situaciones comprendidas por la categoría desempleado.

Este trabajo analiza el proceso de formación de organizaciones de desocupados –organizaciones piqueteras– en Argentina en la segunda mitad de los años noventa.¹ Basándonos en los resultados de una larga investigación realizada en el año 2002, intentaremos responder una pregunta crucial: ¿Cómo es posible comprender el surgimiento de una multiplicidad de organizaciones de desocupados en el país y cuál es la clave para entender la masividad y el protagonismo político que han alcanzado en los últimos años?

Desde mediados de los noventa, comenzaron a reproducirse multitudinarios cortes en las rutas del interior del país. De esos cortes, que tuvieron como protagonistas a los pobladores de comunidades enteras, surgió el nombre *piquetero* –aquel que organiza los piquetes, los cortes en las rutas–; y así comienza la historia de pequeñas organizaciones locales de desocupados que más tarde pasaron a integrar –la mayor parte de las veces– *federaciones* de escala nacional.

Para comprender ambos momentos es necesario tener presente el contexto de transformación económica, social y política de la Argentina de los últimos treinta años que están en el origen de los mencionados procesos de organización y movilización. Estas transformaciones –ocurridas como corolario de la aplicación de políticas neoliberales– terminaron por reconfigurar completamente las bases de la sociedad argentina. Este proceso, marcado por el empobrecimiento, la vulnerabilidad y la exclusión social, comenzó en los años setenta, con la última dictadura militar; tuvo su punto de inflexión entre 1989 y 1991, con la asunción de Carlos Menem al gobierno –momento en que se profundizan las polí-

Palabras clave: Piqueteros, desocupados, peronismo, justicialismo, movilización social.

¹ El presente artículo retoma fragmentos del libro de los autores, *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires, Biblos, 2003.

Los planes (subsidios) fueron el núcleo que estructuró la política de contención del gobierno, convirtiéndose, con el correr de los años, en el centro de la negociación con las organizaciones, para poner fin a los cortes de ruta.

tas de apertura comercial y de reestructuración del Estado— y encuentra, por último, una aceleración mayor luego de 1995, con la acentuación de la recesión económica y un aumento desmesurado de la desocupación.²

Durante los años noventa, momento en que se produjo un cambio definitivo en la vida económica del país³ —cambio marcado por una redefinición fuerte de la intervención estatal en la economía— la socie-

dad argentina no contaba con redes de contención ni con centros de formación o reconversión laboral, al tiempo que fue notable la ausencia de políticas estatales en la materia, todos mecanismos necesarios para compensar los efectos de las progresivas medidas de flexibilización laboral o los despidos masivos que acompañaron los procesos de privatización y la reconversión de empresas en el nuevo contexto de apertura comercial.

Por otro lado, recordemos que los sindicatos nucleados en la Confederación General del Trabajo (CGT), de filiación peronista —igual que el gobierno de Menem— no se opusieron a las reformas, que virtualmente minaban sus bases de afiliación, sino que negociaron con el gobierno su supervivencia material y política y optaron por readecuarse al nuevo contexto económico y social.⁴

La única política sistemática del Estado nacional para hacer frente a la progresiva crisis de empleo fue el lanzamiento, en 1996, del Plan Trabajar, política que mantuvo siempre (aún en su nueva reformulación del año 2002: el Plan Jefes y Jefas de Hogar) una marcada ambigüedad al no constituir ni un seguro de desempleo, ni una política asistencial ni una política de reinserción laboral, sino todas a la vez.⁵ Los *planes* (subsidios) fueron el núcleo que estructuró la política de contención del gobierno, convirtiéndose, con el correr de los años, en el cen-

² Según la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC), la tasa de desempleo subió de 6.9% en 1991 a 18.4% en 1995. Actualmente, y luego de un nuevo pico de 21.5% en 2002, el desempleo es alrededor de 16.3%.

³ A partir de 1989, en un contexto marcado por una crisis hiperinflacionaria y por el cambio anticipado en el gobierno, las nuevas autoridades implementaron una política de estabilización de la economía (fijación de la tasa de cambio y determinación de la convertibilidad monetaria), seguido de una fuerte reestructuración de la administración pública y una profunda apertura comercial. Durante un periodo de cinco años, en lo que respecta al Estado, se procedió a la privatización de las empresas prestadoras de servicios públicos (gas, teléfono, electricidad, etc.) y a la descentralización de la educación y la salud. Al mismo tiempo, aun cuando la economía argentina creció hasta 1995, la producción

industrial comenzó a desestructurarse, como producto de la competencia derivada de la importación masiva de productos (Gerchunoff y Torre, 1996; Aronskind, 2001).

⁴ Durante la década de 1990, se crearon dos nuevas centrales sindicales de oposición a la CGT: la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA) y el Movimiento de Trabajadores Argentinos (MTA). La primera de ellas, constituida por sindicatos de empleados estatales y maestros, se fundó tempranamente (1992), y fue la única oposición sindical a las reformas económicas y el único polo sindical que rompió definitivamente con el Partido Justicialista (nombre oficial del partido peronista). El MTA, que conserva una fuerte matriz peronista, es producto de una escisión (1996) principalmente de sindicatos de transportistas y su relación con el programa de reformas fue más ambiguo y oscilante.

⁵ Las principales características del Plan Trabajar eran las siguien-

tro de la negociación con las organizaciones, para poner fin a los cortes de ruta. Así, de un volumen inicial de aproximadamente 200,000 subsidios vigentes en 1997, esa cifra había aumentado a 1;300,000 en octubre de 2002. Actualmente, el Plan Jefes y Jefas de Hogar alcanza a más de 2;000,000 de personas, según estimaciones oficiales.⁶ Es importante señalar que sólo cerca de 10% de estos planes sociales son directamente controlados por las organizaciones piqueteras.

Por último, es necesario tener en cuenta que la emergencia de movimientos de desocupados se explica también por la existencia de una tradición política organizativa, en gran parte asociada a las vertientes más clasistas, cuyos (nuevos) representantes se decidieron a actuar y construir por afuera –y en oposición– de las estructuras sindicales tradicionales, mayoritariamente vinculadas con el Partido Justicialista.⁷

tes: se requería la presentación de proyectos de mejoramiento barrial (por parte de municipios o ONG's) que tengan «relevancia social», apuntando a mejorar la calidad de vida de la población. El subsidio inicial era de 200 pesos (200 euros en la época y actualmente unos 54 euros) por mes. Se exigía una contraprestación que tenía una duración de hasta seis meses con posibilidades limitadas de renovación. Por último, los ámbitos locales eran los que co-financiaban con recursos propios (materiales, recursos humanos, equipamiento) la puesta en marcha de los proyectos.

⁶ Para estimaciones oficiales, véanse los documentos de Siempre (Sistema de Información y Evaluación y Monitoreo de Programas Sociales), entre ellos “Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados. Impacto y características de los beneficiarios”, febrero de 2003 (www.siempro.gov.ar).

⁷ En este sentido, el movimiento piquetero, compuesto por organizaciones que se colocan fuera –y en oposición– con las estructuras del Partido Justicialista, reenvía a la experiencia del sindicalismo de clase, desarrollado a fines de los sesenta, sobre todo en los polos industriales. Recordemos que dichas experiencias fueron combatidas por el propio peronismo desde el poder (1973-1976), antes de que fueran reprimidas y desarticuladas luego por la última dictadura militar. Para el tema, véase James (1990) y Torre (1989). De este tipo de experiencia son herederos los dirigentes sindicales que conformaron a comienzos de los noventa la Corriente Clasista y Combativa (CCC), ligada al Partido Comunista Revolucionario (de inspiración maoísta), que tempranamente

En este mismo sentido, la emergencia de organizaciones de desocupados tiene como telón de fondo la crisis y el debilitamiento del peronismo en los sectores populares (Martuccelli y Svampa, 1997). Esta transformación no registró una secuencia única y, digamos de paso, está lejos de aparecer como un hecho irreversible. Así, durante el primer lustro de la década menemista, los cambios en el mundo popular se instalaron en el registro de la convivencia y de la complementariedad con la cultura peronista; y es sólo a partir de 1996-1997 que nuevas formas de organización y movilización fueron insertándose en el registro de la confrontación y el conflicto con el peronismo. A partir de esa época, el territorio del conurbano bonaerense pasó a convertirse en el escenario de una confrontación, de una lucha “cuerpo a cuerpo” entre las incipientes organizaciones de desocupados y la estructura de referentes y gobiernos locales del Partido Justicialista.

Por otro lado, es necesario insistir en el terrible proceso de destrucción de las identidades, a la vez individuales y sociales, que vivieron regiones completas de Argentina, y que afectó sobre todo los contornos tradicionales del mundo masculino. En efecto, expulsados del mercado laboral, los hombres fueron los protagonistas principales de un proceso de cambio que desembocó a la vez en una desestructuración social y en una dislocación de la identidad personal. Así, partes completas de un mundo sedimentado y naturalizado en determinadas prácticas, expectativas y creencias, consideradas antes como evidentes, no resistieron la desestructuración abrupta de la cotidianeidad y se desmoronaron en pocos años (Kessler, 1996). Desde esta perspectiva de crisis, parecía no haber mayores posibilidades de re-

se volcó a la organización de desocupados y hoy es una de las organizaciones piqueteras más importantes del país. Asimismo, gran parte de los dirigentes de grupos autónomos y partidarios, con trayectoria sindical, reclaman su pertenencia a esta tradición organizativa.



composición –esto es de redefinición positiva– de la situación: la experiencia de la desocupación conducía a la pasividad, la reclusión, la vergüenza, la autoculpabilización. Esta redefinición del nuevo contexto a través de la acción colectiva provino no solamente de aquellos hombres, activistas políticos y ex delegados sindicales –que hoy continúan cumpliendo con un rol de dirigentes–, sino también de las mujeres, quienes a través de su involucramiento masivo en marchas y cortes de rutas colocaron la demanda de trabajo y alimentos en un nuevo lugar, al tiempo que realizaron un trabajo activo de reconstrucción de la cotidianeidad.

Así, desde el fondo de la descomposición social, nuevas formas de organización y de movilización fueron emergiendo. A partir de 1996-1997, una

parte de aquella Argentina sacrificada por el modelo neoliberal e ignorada por los medios de comunicación hizo su irrupción en las rutas del país, impidiendo la libre circulación de personas y mercancías, en demanda de puestos de trabajo. De esta manera, la acción colectiva trajo consigo la idea de que otra identidad –y otro destino– era posible para quienes habían perdido su trabajo y habían visto interrumpida su carrera laboral. El nombre *piquetero*, además de atraer la atención –de los medios y del sistema político– por su fuerza expresiva, representó una alternativa para todos aquellos a quienes una definición, como la de desocupados, resultaba intolerable. Especialmente para quienes habían sido –y aún se consideraban– trabajadores, la posibilidad de nombrarse *piqueteros* tuvo un poder desestigmatizador que facilitó la inclusión de esos sectores en las organizaciones. Un nuevo motivo de dignidad –que reemplazaba la pérdida dignidad del trabajo– podía comenzar a buscarse explorando y explotando la categoría *piquetero* y enterrando finalmente aquella de *desocupado*.

GENEALOGÍA Y AFLUENTES DE LAS ORGANIZACIONES PIQUETERAS

Las matrices político-ideológicas

Antes que nada es necesario aclarar que desde sus orígenes mismos, el movimiento piquetero nunca fue uno ni homogéneo, sino que desde siempre estuvo atravesado por diferentes tradiciones organizativas y corrientes político-ideológicas. La orientación política de las organizaciones de desocupados puede comprenderse a partir de tres lógicas principales que están presentes, con peso dispar, en todos los grupos que se constituyeron en los últimos años: una lógica sindical, una política partidaria y una lógica de acción territorial.

En primer lugar, las formas de organización de los piqueteros reconocen una fuerte impronta sin-

dical marcada, ya sea por la intervención directa de sindicatos en la organización de desocupados –como es el caso de la Federación de Tierra y Vivienda, ligada a la Central de Trabajadores Argentinos–, o simplemente por la presencia de referentes que han tenido una trayectoria de militancia sindical.

En segundo lugar, los partidos políticos de izquierda que han aportado sus estructuras a los movimientos marcan la presencia de otra lógica distinta de organización. Así, el Polo Obrero (dependiente del Partido Obrero, de raíz trotskista), Barrios de Pie (Partido Patria Libre, suerte de populismo de izquierda), Movimiento Territorial de Liberación (Partido Comunista Argentino) o el Movimiento Teresa Vive (ligado al trotskista Movimiento Socialista de los Trabajadores) representan ejemplos paradigmáticos en los cuales, la organización de desocupados es subsidiaria de la organización general del partido que dicta directamente la orientación general del movimiento. Aquí, la política en sentido institucional y electoral aparece como un objetivo claro a ser alcanzado.

Por último, en tercer lugar, muchas organizaciones piqueteras se generaron en torno de liderazgos de tipo barrial, en general también con antecedentes militantes, pero que han mantenido una desvinculación total con las lógicas sindical y partidaria y, por tanto, han dado una impronta más localista y autocentrada a los movimientos. Como ejemplo pueden citarse los distintos Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTD) que integran la Coordinadora Aníbal Verón o, incluso, los diferentes movimientos de desocupados que se conformaron en el interior del país –como la emblemática Unión de Trabajadores Desocupados (UTD) de General Mosconi en Salta– y que decidieron no integrar ninguna de las grandes corrientes de nivel nacional.

En muchos, las lógicas de construcción política aparecen fuertemente entremezcladas en las organizaciones. Tal es el caso de la Corriente Clasista y Combativa (CCC) que tiene una fuerte impronta sindical en relación con sus orígenes, al tiempo que

la mayor parte de sus referentes son también militantes del Partido Comunista Revolucionario (PCR) de filiación maoísta. El Movimiento Teresa Rodríguez (MTR), de inspiración guevarista, representa también un caso en el cual las lógicas territorial y política aparecen entremezcladas y en tensión permanente; y esto es visible aun en el controvertido Movimiento Independiente de Jubilados y Desocupados (MIJD), organización que presenta un estilo de gran exposición mediática.

El eje de piquetes y puebladas

En rigor, el proceso de conformación del movimiento piquetero, en tanto “movimiento de movimientos” reconoce dos afluentes fundamentales: por un lado, reenvía las acciones disruptivas, evanescentes y por momentos unificadoras de los cortes de ruta y levantamientos populares, registrados en el interior del país a partir de 1996, resultado de una nueva experiencia social comunitaria que aparece vincula-

El movimiento piquetero se concretó de manera brusca, allí donde la experiencia de la descolectivización adquirió un carácter masivo; allí donde el desarraigo tanto como la desocupación reunieron en un solo haz un conglomerado heterogéneo de categorías sociales.

Argentina, las tres caras de la moneda

Las vías truncas

da al colapso de las economías regionales y a la privatización acelerada de las empresas del Estado realizada en los años noventa; por otro lado, remite a la acción territorial y organizativa gestada en el conurbano bonaerense y ligada a las lentas y profundas transformaciones del mundo popular, producto de un proceso de desindustrialización y empobrecimiento creciente de la sociedad argentina que arrancó en los años setenta.

El primer afluente nos emplaza en la perspectiva de la ruptura, tanto como el segundo tiende a marcar la perspectiva de la continuidad. En realidad, podríamos decir que el movimiento piquetero nace allí donde la desarticulación de los marcos sociales y laborales se concretó de manera brusca, allí donde la experiencia de la descolectivización adquirió un carácter masivo; allí donde el desarraigo tanto como la desocupación reunieron en un solo haz un conglomerado heterogéneo de categorías sociales. Así, la cuna del movimiento piquetero se encuentra en las lejanas localidades petroleras, Cutral-Có y Plaza Huincul (1996-97), en la provincia de Neuquén, y sobre todo, Mosconi y Tartagal en la provincia de Salta (a partir de 1997); esto es, poblaciones cuya vida estaba estructurada en torno de YPF (Yacimientos Petrolíferos Fiscales), la mayor empresa productiva del Estado.⁸

Los largos cortes de 1996 y 1997 en Neuquén y Salta tuvieron una importancia fundamental porque, en primer lugar, marcaron el pasaje a la acción

⁸ YPF fue privatizada en 1991, y ello produjo un cambio importante en las zonas que dependían económicamente de la actividad petrolera. En primer lugar, la privatización supuso el fin del “modelo social” de organización que había acompañado el desarrollo de la empresa. YPF sintetizaba, como ninguna otra empresa productiva del Estado, las garantías y oportunidades del Estado social argentino (derechos sociales, protección social, bienestar general), a través de una extensa red social que –diferencias mediante– incluía todas las categorías laborales. En segundo lugar, las racionalizaciones de personal junto a la disminución de la actividad produjeron una crisis en cadena de otros sectores económicos locales como el comercio o las pequeñas empresas. Para más datos ver: Svampa y Pereyra, 2003: cap. 3.

de nuevos actores constituidos en el interior del país; a saber, multisectoriales conformadas por sectores desigualmente afectados por la desestructuración de las economías locales. Así, estos cortes fueron verdaderas manifestaciones comunitarias donde confluyeron desocupados, comerciantes, pequeños empresarios, sindicatos y políticos locales. Ese carácter comunitario fue el que, en segundo lugar, permitió la convergencia entre los cortes –los piquetes– y las puebladas⁹ que se produjeron, primero, como respuesta a las represiones de los cortes por parte de las fuerzas de seguridad, para luego constituirse progresivamente en horizontes potenciales de cada corte.

Al mismo tiempo, este primer ciclo de movilización (impulsado por la confluencia de piquetes y puebladas) tuvo una impronta fuertemente sindical que reenviaba, por un lado, a la constante movilización de los gremios de docentes y estatales en todo el país; y, por otro, al hecho de que varias líneas sindicales, opositoras al gobierno de Carlos Menem –la Central de Trabajadores Argentinos y la Corriente Clasista y Combativa– en la segunda mitad de los noventa, decidieron volcarse progresivamente hacia la organización de desocupados; hecho que marca el salto hacia la masividad de las organizaciones piqueteras. Así, la consolidación del nuevo repertorio de acción tuvo menos la forma de un reemplazo que el de una nueva alianza y articulación entre sindicatos disidentes, partidos políticos de izquierda y desocupados, poco a poco nucleados bajo la simbología piquetera.

Entre los cortes y puebladas de los años 1996 y 1997, un nombre –piquetero– hizo su aparición, lo que daría lugar a múltiples y masivos procesos de identificación que cristalizarán, años más tarde, en

⁹ Por “puebladas” hacemos referencia a los levantamientos populares que siguieron a las represiones llevadas a cabo por las fuerzas de seguridad (gendarmería, policía provincial) para terminar con los cortes de ruta. En casi todos los casos, estos episodios finalizaron con el retiro de las fuerzas de seguridad frente a los levantamientos de las comunidades que se decidían a enfrentarlas.

la conformación de varias organizaciones de escala nacional. En segundo lugar, una configuración de ciertas demandas fue articulándose en torno de la cuestión piquetera. Dicha configuración es tanto subsidiaria de una tematización de los resultados de las reformas económicas y políticas implementadas en el país –el modelo económico– como del establecimiento de un mecanismo de negociación organizado alrededor de la distribución masiva de los subsidios asistenciales a desocupados (planes Trabajar) por parte del Estado nacional. En este punto, es necesario señalar que, en el origen de esa tematización, tuvo una gran importancia el carácter fuertemente expresivo¹⁰ de los casos paradigmáticos con los cuales se presentó, en la política nacional, la desestructuración económica en el interior del país; es decir, las crisis de Cutral-Có-Plaza Huincul y Tartagal-Mosconi y su amplia repercusión pública.¹¹

Por último, asociado a la identidad piquetera y a una nueva formulación de las demandas por trabajo, en estos agitados años, el corte de ruta fue consolidándose como un nuevo formato de protesta legítimo. Su consolidación tiene que ver no sólo con el volumen relativo en relación con otros formatos, lo cual de por sí muestra transformaciones importantes, sino también con el progresivo carácter modular del mismo. En otros términos, el hecho de que los cortes reemplazaran a las huelgas como formato principal de protesta ligada al mundo del trabajo entre 1990 y el año 2000 no sólo se vincula con un repliegue sindical –que por cierto también se produjo–, sino también con el hecho de que los sectores sindi-



cales, que continuaron movilizados en la segunda mitad de los noventa, encontraron mayor eficacia y respuesta en el uso de este nuevo formato.

El eje territorial

A diferencia de las movilizaciones que se produjeron en aquellas localidades o regiones afectadas por el proceso de privatización de las empresas del Estado y la descentralización administrativa, las acciones de protesta realizadas en el conurbano bonaerense (marchas contra el hambre y ollas populares), en Rosario

¹⁰ Expresivo no alude a la capacidad de mostrar o hacer visible una realidad oculta sino, más bien, a una forma de articulación, de puesta en forma de distintos elementos de manera significativa (Taylor, 1997).

¹¹ Finalmente, en el interior del país esas experiencias darían origen a un discurso acerca de la «reparación histórica», que planteaba como exigencia al Estado (nacional y provincial) la puesta en marcha de un proyecto de reconversión económico-productivo para la zona, desvastada a partir del desmantelamiento de la empresa estatal de petróleo.

La súbita visibilidad que el trabajo territorial fue adquiriendo a través de las primeras ollas populares y cortes de ruta, puso al descubierto el alcance de las transformaciones y el empobrecimiento operados dentro del mundo popular

o en Mar del Plata, reenvían a un proceso económico y social de más largo plazo, ligado tanto a la desindustrialización, como al deterioro creciente de las condiciones de vida de las clases populares y las clases medias-bajas que arrancó a mediados de los setenta.

Este proceso de pauperización de las clases populares aparece ilustrado por las tomas ilegales de tierras, que se desarrollan desde fines de la dictadura militar (1976-1983) y durante los primeros años del gobierno democrático. En muchos casos, dichas tomas, que dieron origen a los asentamientos, barrios precarios situados en los márgenes del ejido urbano de las grandes ciudades del país, fueron el producto de movilizaciones cuidadosamente planificadas, que contaron con el apoyo y la intervención de actores externos, entre ellos, comunidades eclesiales de base y organizaciones de derechos humanos.

Ahora bien, como sostiene Merklen (2001), los asentamientos expresan la emergencia de una nueva configuración social que señala el proceso de inscrip-

ción territorial de las clases populares. Una de las primeras consecuencias de esta inscripción territorial es que el barrio aparece como el espacio natural de acción y organización, convirtiéndose en el lugar de interacción entre diferentes actores y organizaciones de base. De esta manera, como saltará a la vista en los años sucesivos, en la medida en que se agraven las condiciones de vida de las clases populares y se acentúe la distancia con el mundo del trabajo formal, también las formas de la militancia barrial-territorial irán revistiéndose de nuevas dimensiones. Las organizaciones de desocupados que van a ilustrar perfectamente el modelo de construcción «territorial» son la Federación de Tierra y Vivienda (FTV), la Corriente Clasista y Combativa (CCC), el Movimiento Teresa Rodríguez (MTR) y la Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón (CTDAV),¹² en un haz por demás heterogéneo que reúne juntas vecinales, sociedades de fomento y activistas provenientes de diferentes horizontes políticos.¹³

De cualquier manera, aun cuando las formas de organización y acción tienen una historia más larga, es también a partir de 1996-1997 que se constata la intervención de aquellos actores sociales que cons-

¹² Teresa Rodríguez y Aníbal Verón fueron asesinados por las fuerzas de seguridad durante los cortes de ruta realizados en las localidades petroleras, donde surgen los primeros piqueteros.

¹³ Este modelo territorial va a ser relativizado en la medida en que, a partir de 2000-2001, se generalice la intervención de otros actores, sobre todo, de partidos políticos de izquierda, pues éstos son en parte cuadros partidarios que asumen una identidad piquetera a través del trabajo territorial. Sin embargo, pese a que los referentes pertenecen al partido y son en parte trabajadores ocupados, hay que añadir que todas las estructuras territoriales crecen y se nutren de la incorporación de cuadros o referentes provenientes del peronismo tradicional, especialmente de punteros y manzaneras (mediadoras de planes sociales en la provincia de Buenos Aires, estrechamente ligadas al aparato del Partido Justicialista), algunos de ellos de larga trayectoria barrial. Por último, en la medida en que el movimiento crece y expande su plataforma de demandas, ningún modelo tiende a existir en estado puro, sea específicamente territorial o de origen exclusivamente político-partidario.

tituyen el segundo afluente, y que inscriben su acción en la “línea de la continuidad”, en términos de estrategia territorial, a saber, dentro de una tradición contestataria, pero a través del trabajo en el espacio barrial, especialmente ligado a la gestión de las necesidades básicas. En este sentido, la súbita visibilidad que el trabajo territorial fue adquiriendo a través de las primeras ollas populares y cortes de ruta, puso al descubierto el alcance de las transformaciones y el empobrecimiento operados dentro del mundo popular. Así, es la acumulación de una experiencia de trabajo barrial, ligada a la historia de los asentamientos, sobre todo en La Matanza (provincia de Buenos Aires) y, de manera más reciente, en el sur del conurbano bonaerense, lo que constituye el núcleo de la acción contestataria y, rápidamente, el punto de partida para la organización y la acción masiva.

LAS DIMENSIONES DE LA EXPERIENCIA PIQUETERA

Es la convergencia de estos dos afluentes lo que permitió la formación, la expansión y aun la posterior potenciación del movimiento piquetero: la confluencia entre, por un lado, acción disruptiva e identidad piquetera, originaria de los piquetes y puebladas del interior del país y, por otro lado, el modelo territorial y los marcos organizativos desarrollados de manera paradigmática en algunas regiones del conurbano bonaerense. Es este doble origen el que explica tanto la riqueza como la diversidad del movimiento piquetero, al tiempo que nos anticipa algo acerca de su fragmentación inevitable.

En este sentido, las dos asambleas nacionales piqueteras, realizadas en La Matanza (Buenos Aires) en julio y septiembre de 2001, representaron el momento culminante en el cual las distintas corrientes y organizaciones que se formaron durante los primeros años de movilización se encontraron con el objetivo de conformar un movimiento unificado. Esa experiencia tuvo una importancia mayor pues

marcó un límite en la posibilidad de construcción de un movimiento común y puso al descubierto las distintas lógicas de organización y acción política que orientan y contrastan la actividad de cada organización y agrupamiento.

Esas diferencias, al igual que una marcada heterogeneidad social en las bases de las organizaciones, no han impedido, sin embargo, que el movimiento piquetero tomara forma y se presentara públicamente en los últimos años de la década de los noventa a partir de algunos elementos que definen los rasgos centrales de su identidad y los marcos comunes de su acción.

La heterogeneidad de las bases sociales

La primera cuestión que llama la atención al analizar la experiencia piquetera es la heterogeneidad de las bases sociales de los movimientos de desocupados. Ésta comprende un triple clivaje, a la vez social, generacional y de género.

Así, en primer lugar, la heterogeneidad es social, pues si bien es cierto que los desocupados com-

No es posible ignorar que más de la mitad de los adherentes y militantes de las organizaciones piqueteras son mujeres, y que sobre ellas reposa gran parte de la organización administrativa y laboral.

Argentina, las tres caras de la moneda

Las vías truncas

parten ciertas condiciones de vida y experiencias comunes básicas, éstos provienen de trayectorias y saberes muy dispares, al tiempo que cuentan con recursos culturales y simbólicos muy disímiles. En líneas generales, podríamos afirmar que, en Argentina, la experiencia de la descolectivización se sitúa entonces entre dos extremos: ésta puede ser de larga data, esto es, estar en el origen de una trayectoria por momentos errática, signada por la precariedad y la inestabilidad (alternancia de periodos de empleo –formal o precario– con periodos de desempleo); o bien, la experiencia del desempleo puede ser más reciente, estar asociada a una carrera laboral más estable que se interrumpe abruptamente.

De todos modos, tanto desde una perspectiva de corto como de mediano plazo, la erosión de los tradicionales marcos sociales y culturales que estructuraron el mundo obrero industrial, marcado por la experiencia de la integración a la vez política (la identidad peronista), económica (el acceso al consumo) y social (los derechos sociales, protección social, estabilidad laboral) devino inevitable. Uno de los elementos cruciales de la experiencia no es tanto el carácter ineluctable de la crisis y la desaparición del modelo “tradicional”, sino más bien la distancia –personal y a la vez colectiva– que se establece entre aquel modelo de estructuración “originario” y la vivencia de los actores.

A esto es necesario agregar, en segundo lugar, el clivaje de género, pues no es posible ignorar que más de la mitad de los adherentes y militantes de las organizaciones piqueteras son mujeres, y que sobre ellas reposa gran parte de la organización administrativa y laboral, sin contar que muchas de ellas tienen un rol fundamental en otras tareas, tradicionalmente masculinas, como la seguridad. Sin embargo, pese al protagonismo innegable que tienen desde el principio, son muy pocas las mujeres que en la actualidad aparecen como dirigentes a nivel nacional, insertándose en las organizaciones como “cuadros medios” y/o como referentes regionales. Esto no se

debe solamente a los rasgos patriarcales del mundo popular, sino también al hecho de que aquellos que provienen del universo militante, tanto político como sindical, son hombres, mientras que las mujeres más destacadas no suelen contar con una trayectoria política ni sindical, aunque tengan en ciertos casos una experiencia organizativa en el plano barrial.

En tercer lugar, la cuestión se hace todavía más compleja si tenemos en cuenta que los jóvenes constituyen una parte importante de las bases sociales de las organizaciones. Son precisamente los jóvenes quienes tienden a expresar de manera paradigmática gran parte de las ambivalencias a la que están expuestos los actores movilizados, sobre todo en relación con el debilitamiento de la cultura del trabajo y con respecto a la encarnación de la identidad piquetera, más definida en la ruta (en la confrontación), que en los barrios (el trabajo comunitario).¹⁴ Al mismo tiempo, si bien es cierto que, a falta de experiencia laboral, la disciplina y la solidaridad pueden hallar otros espacios de producción, resulta muy difícil generar un *savoir-faire* en un contexto que favorece la realización de un trabajo comunitario, ligado muy estrechamente a la satisfacción de las necesidades más inmediatas (huertas comunitarias, comedores, roperos, entre otros). En definitiva, las definiciones identitarias en los jóvenes –caracterizadas por la experiencia continua de confrontación con las fuerzas de seguridad– se juegan en un espacio en el cual se manifiesta un doble divorcio, tanto del mundo político-institucional como del mundo laboral.

¹⁴ Además, los jóvenes, más que cualquier otro grupo, han sido y continúan siendo las víctimas privilegiadas de los abusos de la policía, quien a lo largo de las últimas décadas ha venido perfeccionando con ellos una metodología de guerra sucia (por ejemplo, los innumerables casos de “gatillo fácil”). Este doble proceso de criminalización –de la pobreza y de la juventud– que se inició primero en los barrios y continuó luego en la ruta, explica por qué los jóvenes piqueteros presentan una mayor propensión a buscar ejes de identificación positiva en la lucha y la confrontación con las fuerzas represivas.

La identidad piquetera y los repertorios comunes de acción

De todas formas, aun en este contexto de fuerte heterogeneidad y más allá de las diferencias que pueden encontrarse entre las distintas organizaciones piqueteras, un elemento común las recorre. Ese elemento puede ser definido como una *identidad piquetera*, cuyo anclaje no es otra cosa que un relato constituido a partir de 1996 en el que se narra la experiencia de los piqueteros.¹⁵

Todos los testimonios –no sólo las entrevistas sino también las crónicas periodísticas– coinciden en que ese relato comienza con el corte en Cutral-Có y Plaza Huincul donde surge el nombre piqueteros. Esa narración vincula tres términos fundamentales: en primer lugar, un nombre –piqueteros– que es el agente principal de las acciones que la historia narra; en segundo lugar, y diremos que como eje central, se encuentran precisamente esas acciones que son los cortes de ruta –los piquetes– y, en tercer lugar, la historia se complementa con los motivos y las consecuencias de esas acciones, lo que remite centralmente tanto al vínculo entre modelo económico y crisis, cuanto a la demanda de trabajo, la recepción y administración de planes asistenciales.

Esa configuración, que finalmente anuda los tres elementos que conforman el relato de la historia piquetera, atravesó un camino sinuoso –cruzado por otros relatos– hasta que se produjo una cierta estabilización. Ese relato es el que da sentido a los acontecimientos que recorren toda la historia piquetera y que finalmente explica el surgimiento de las organizaciones de desocupados como una consecuencia de la desestructuración productiva del país.

Al mismo tiempo, la experiencia piquetera se construye al interior de un espacio en el cual se ha



ido definiendo un repertorio común de acción. Desde nuestra perspectiva, estos ejes articuladores son, en primer lugar, el *piquete* o corte de ruta, en segundo lugar, el *funcionamiento asambleario*; en tercer lugar, las referencias a la *pueblada*; por último, el *trabajo territorial* desarrollado a partir de la instalación de una demanda (los Planes Trabajar).

En primer lugar, no hay que olvidar que el *piquete*, en tanto nueva metodología de acción, desplazó y fijó un nuevo umbral en los conflictos sociales, insertándolos en una dimensión cruda, que coloca en primer plano las condiciones de vida material. No es casual que parte del caudal disruptivo del *piquete* proviene así de esta interpelación radical, que es a la vez, el reclamo de una situación límite y una urgencia, que envuelve la problemática de la falta de trabajo junto con la realidad palpable del hambre. En

¹⁵ Sobre la utilización de la noción de identidad narrativa –elaborada originalmente por Paul Ricoeur– aplicada al estudio de movimientos sociales ver: Polletta, 1998a; 1998b.

Con el tiempo, en tanto formato modular, el piquete fue insertándose en un espacio de tensión, atravesado por fuertes tendencias tanto a la disrupción, aunque también a la institucionalización.

tanto metodología de acción directa de ocupación del espacio público, el *piquete* conoce diferentes inflexiones, pues puede tomar un carácter parcial o total, puede expresarse en un bloqueo a una empresa (“corte de acceso”); más recientemente, puede tomar la forma de un “acampe” frente a oficinas gubernamentales, seguido de una ocupación. Con el tiempo, en tanto formato modular, el piquete fue insertándose en un espacio de tensión, atravesado por fuertes tendencias tanto a la disrupción, aunque también a la institucionalización.

En realidad, la manera en que el piquete es utilizado por cada una de las organizaciones pone al desnudo no sólo la heterogeneidad de tradiciones ideológicas sino también las diferentes temporalidades de las organizaciones. Así, para los actores más “instalados”, una vez afirmados los canales de negociación con las autoridades, logrado un cierto umbral de satisfacción de las reivindicaciones, en fin, una vez reconocidos como interlocutores y actores de poder, resultaba claro que el piquete debía perder o evitar sus aspectos más disruptivos.¹⁶

¹⁶ Lo cierto es que este clivaje revela posiciones por demás antagónicas acerca de la relación del nuevo actor con el resto de la sociedad: así, mientras que unos intentan diluir aquellos rasgos de alteridad que presenta el nuevo actor social, a fin de favorecer la creación de condiciones de “integración” futura o, en otros casos, de “articulación” con los sectores medios, los otros buscan afirmar la radicalidad de sus planteos estratégicos.

Resulta importante subrayar que los cortes de ruta no se iniciaron en 1996-1997, sino que habían comenzado a principios de la década, momento en el que constituyeron un recurso desesperado al que echaron mano minoritarios grupos de ex empleados de algunas empresas públicas para evitar los procesos de privatización y los despidos. Ese origen histórico y simbólico es central para comprender en toda su dimensión la carga “dramática” que el formato propone. Quienes organizan los bloqueos no tienen por recurso, para cobrar visibilidad y abrir espacios de negociación, más que el propio cuerpo expuesto en las rutas (Pérez, 2001).

En lo que se refiere al funcionamiento asambleario, segundo elemento en común, es necesario señalar que ésta ha signado sin dudas la historia de los diferentes levantamientos populares que han sacudido la Argentina de los noventa. Ciertamente, la experiencia de Cutral-Có, en 1996, marcó el inicio de una fuerte dinámica asamblearia que prontamente retomarán otras grandes movilizaciones del periodo (Tartagal-Mosconi, Jujuy, Corrientes); se expresará luego en determinados formatos organizativos dentro de las estructuras de los grupos piqueteros; y encontrará, por último, una nueva inflexión en el proceso asambleario iniciado en la ciudad de Buenos Aires y en otros lugares del país a partir de diciembre de 2001. Un nuevo ciclo político se abrió entonces en las lejanas localidades del sur, en la Ruta Nacional 22, con una única consigna: “¡Que venga Sapag!”¹⁷ Y, de alguna manera, se cerró en Plaza de Mayo y en el Congreso Nacional, en los centros mismos del poder ejecutivo y legislativo, con una multitud que coreaba la consigna: “¡Que se vayan todos!”¹⁸

¹⁷ Sapag era en la época el gobernador de la provincia de Neuquén, perteneciente al Movimiento Popular Neuquino, partido provincial de fuertes resonancias populistas.

¹⁸ La distancia entre una consigna y otra nos marca a las claras el proceso creciente de disociación entre el sistema político y las formas auto-organizadas de lo social acaecido en la Argentina. Pues si la consigna de las ciudades petroleras anunciaba la ruptu-

Aunque ambas experiencias asamblearias parten de la idea de la distancia o la disociación entre el sistema político y la sociedad, no por ello comparten la misma concepción del vínculo político. La doble experiencia asamblearia en Cutral-Có y Plaza Huincul, no vehiculaba otra cosa que un pedido de inclusión, a través de la reformulación de un proyecto económico y social integrador. En cambio, en diciembre de 2001, la multitud desengañada planteaba la separación con respecto al sistema político representativo; en el límite, la afirmación de la autonomía de lo social, expresada en un conjunto de redes de solidaridad conformado por diferentes organizaciones sociales y comunitarias.

En tercer lugar, un elemento fundamental de los marcos comunes de acción del movimiento piquetero se relaciona con el doble papel que juegan allí las *puebladas*. Desde el inicio de las movilizaciones en el interior del país, las puebladas representaron para las organizaciones de desocupados una suerte de garantía para enfrentar las represiones que les esperaban como respuesta a los cortes de ruta. En este sentido, la experiencia de la localidad de General E. Mosconi (en Salta) es paradigmática pues allí la construcción política de la Unión de Trabajadores Desocupados (UTD) se produjo en relación directa con la capacidad de maniobra que supuso el levanta-

ra de las mediaciones, no implicaba por ello el cuestionamiento del principio mismo de representación política. El grito indicaba una demanda de negociación directa con la autoridad máxima, Sapag, el gobernador de la provincia. La crisis y desaparición de los marcos sociales y económicos de dos localidades había originado un proceso inédito de desestructuración. Expulsados, los individuos habían encontrado un nuevo anclaje comunitario en el discurso de “reparación histórica”. Así, lo que el pueblo pedía, reunido en asambleas, junto a los numerosos piquetes que cortaban la ruta, no era otra cosa que recrear un nuevo pacto social. En cambio, la segunda consigna, que atravesaba la garganta en medio del ruido de las cacerolas, a partir de diciembre de 2001, puso de manifiesto el rechazo del principio mismo de representación política. La multitud no pedía por nadie; o más bien, exigía sin más el retiro de los representantes políticos. Anunciaba el final de un contrato social que coincidía, claro está, con el colapso del modelo de convertibilidad, que había comenzado con la liquidación de los eslabones más débiles.

tamiento de todo el pueblo, como respuesta a las represiones de los cortes.

Como en épocas de guerra, sirenas y campañas despertaron una y otra vez a la población de Mosconi en momentos en que la ruta comenzaba a ser desalojada. En todos los casos, los habitantes salieron y enfrentaron a las fuerzas de seguridad. Pero, a diferencia de las primeras puebladas –en Neuquén– donde la movilización generalizada acompañó los cortes de ruta motorizados por multisectoriales, a partir de 1997, las puebladas fueron incorporadas progresivamente por los actores en su lógica de construcción política. Este proceso de reinscripción en un registro más específicamente político se produjo en la medida en que los levantamientos populares pasaron a constituir verdaderas redes de contención antirrepresivas que impidieron que los operativos policiales o de la gendarmería fueran llevados adelante o completados con éxito.

Esas situaciones de movilización masiva –“es todo el pueblo el que está en la ruta”, según lo había expresado una jueza federal– representaron para muchas comisiones y organizaciones de desocupados –al menos los casos de Salta, Neuquén y Jujuy– una posibilidad de hacer frente a la respuesta del Estado y dar, por ende, un salto cuantitativo en su capacidad de negociación. Por otro lado, incluso en las localidades donde los procesos de organización de los desocupados no tuvieron las mismas características que en Mosconi, la pueblada dejó claramente la impronta de un nuevo tipo de relación entre los habitantes.

Por último, en cuarto lugar, para todas las organizaciones piqueteras las distintas modalidades de planes asistencial-laborales (cuyo paradigma es el mencionado Plan Trabajar) representan una condición de posibilidad de su existencia. Esto se explica porque históricamente todos los cortes de ruta fueron levantados a cambio de “paquetes de planes” provinciales o nacionales o, en algunos casos, contra la entrega de mercadería.

Argentina, las tres caras de la moneda

Las vías trunacas

Esta relación de intercambio revela dos elementos fundamentales que representan el contexto en el que se desarrollaron las organizaciones piqueteras. El primero es el de la *urgencia*; efectivamente, la prolongación de situaciones de desempleo y la desestructuración económica general produjeron para importantes capas de la población argentina una nueva realidad que es la del hambre. El segundo es el de la *desconfianza*; es decir, la imposibilidad de sostener compromisos a mediano o largo plazo, principalmente por el incumplimiento sistemático de todas las instancias estatales en los acuerdos alcanzados en los cortes. Finalmente, lo único a lo que podían aspirar las organizaciones de desocupados era (a falta de organizaciones y estructuras de movilización estables) a ayudas (pecuniarias o en especie) que llegaran a los beneficiarios de manera rápida antes de que se produjera la desmovilización, lo que otorgaba cierto margen a los gobiernos para no cumplir los acuerdos pactados en las rutas.

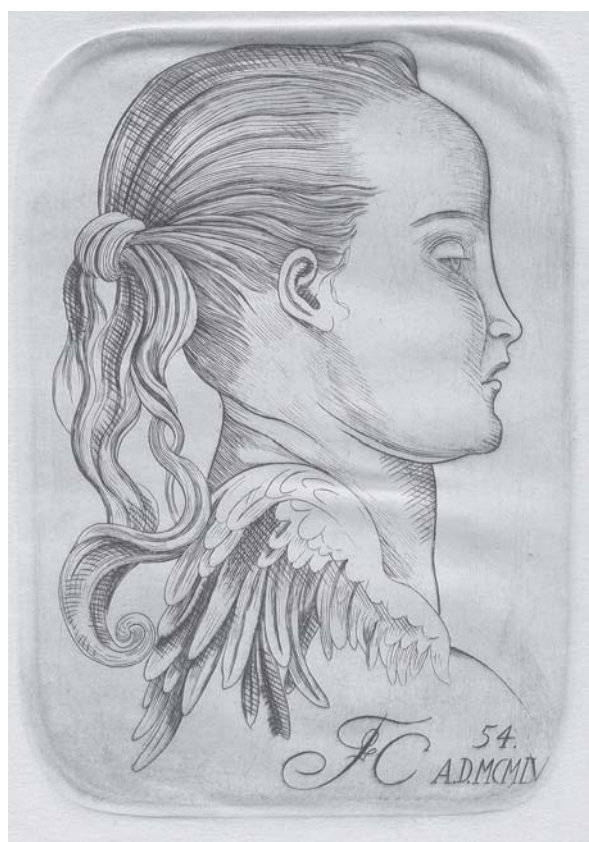
Durante los últimos años de la década de los noventa, los planes significaron una solución de compromiso, una especie de débil equilibrio logrado en el contexto de la necesidad y de una importante debilidad relativa. Sin embargo, si bien la movilización comenzó siendo esporádica, ella fue cada vez más masiva y recurrente; con lo cual, durante la segunda mitad de los noventa, algunos grupos lograron consolidar sus volúmenes de planes. Por otro lado, éstos

comenzaron a ser percibidos cada vez más por las organizaciones –sobre todo por sus bases– como derechos adquiridos, antes que como prestaciones asistenciales. Desde 1999, una vez que las organizaciones lograron el control directo de los planes sociales, la contraprestación exigida (cuatro horas diarias de trabajo), se orientó entonces al trabajo

comunitario en los barrios. A partir de ello, los planes comenzaron a ser tematizados en discusiones que rozaron muy de cerca un problema fundamental, a saber: ¿qué se entiende en este contexto por trabajo digno y genuino? Sin duda, la respuesta a esta gran pregunta fue poniendo al descubierto, desde otro punto de vista, las grandes diferencias que en términos estratégicos recorren a las organizaciones piqueteras.

En el interior del país, la distribución masiva de planes permitió hacer frente a situaciones de desprotección total. Sin embargo, en varios casos los planes fueron recibidos como salarios y la obligación de desarrollar una contraprestación

laboral fue rápidamente asumida. Así, se produjeron situaciones paradójicas, pues las propias organizaciones fueron creando los marcos necesarios para poder llevar adelante los proyectos, dando origen a verdaderas experiencias de autogestión. En muchos casos, los municipios no sólo no entregaron los materiales para que se llevaran adelante los proyectos, sino que trataron de impedir la ejecución de las tareas.



El punto importante aquí es que en la realización de esos proyectos y, en el límite, en la experiencia de la autogestión, varias organizaciones encontraron un sustituto del trabajo genuino. Ese sustituto les abrió la posibilidad de volver a pensarse como trabajadores y, por ende, reencontrar la dignidad. Por otro lado, también en muchos casos el desarrollo de esos proyectos –específicamente de huertas comunitarias y panaderías– permitió (re)construir mini economías de subsistencia que permitieron hacer frente a las situaciones de hambre. Por último, el desarrollo de tareas de servicios –la limpieza de espacios públicos y, en algunos casos, de refacción de edificios– produjo otra percepción y legitimación de las organizaciones en el seno de sus comunidades.

Por tanto, en muchas de las organizaciones piqueteras del interior del país, el manejo de los planes sociales permitió un doble proceso de legitimación al interior y exterior de las organizaciones. Recuperando una forma de trabajo digno –aún transitorio–, los militantes lograron hacer frente a la apatía y al inmovilismo característicos en la categoría de desocupado. Por otro lado, en algunas de las líneas nacionales, esto permitió establecer rutinas y anclar formas de organización, más allá de la convicción militante.

Podemos ver que, en todos los casos, la inclusión de los planes en las lógicas de construcción política fue menos una decisión de las organizaciones que la presión de las bases frente a los contextos de urgencia y necesidad. Sin embargo, la aceptación de los planes supuso que implícita o explícitamente, en cada una de las organizaciones se dieran debates o se tomaran decisiones respecto a sus formas organizativas, a las claves de sus inscripciones territoriales y, fundamentalmente, a la manera en que se tematizaba o retematizaba la noción de trabajo. Para la mayor parte, la fuerte herencia de la sociedad salarial –en su impronta fabril– marca todavía la concepción del trabajo genuino y el horizonte de su reconstrucción. Sin embargo, hay que señalar que extrañas y com-

En el interior del país fue donde se produjo una asimilación más fuerte entre los planes y el trabajo, aun cuando el reemplazo nunca se produjo y todavía hoy varias organizaciones siguen demandando puestos de trabajo a las empresas.

plejas mezclas de significación se produjeron a partir de esa base. En el interior del país fue donde se produjo una asimilación más fuerte entre los planes y el trabajo, aun cuando el reemplazo nunca se produjo y todavía hoy varias organizaciones siguen demandando puestos de trabajo a las empresas, sin renunciar por ello a los derechos adquiridos. Sin embargo, allí donde el contexto de desocupación es más pleno –las grandes organizaciones del conurbano bonaerense–, la distancia entre los planes, concebidos como puros recursos organizacionales, y el trabajo es todavía más marcada.

LAS RELACIONES CON EL ESTADO

Las relaciones entre organizaciones piqueteras y el Estado no han transcurrido por un único carril. Éstas siempre han incluido estrategias y lógicas políticas diferentes, según niveles y jurisdicciones (provincia y nación), que alternan y combinan la negociación, la cooptación con la represión. Sin embargo, bien podría afirmarse que durante los noven-

Argentina, las tres caras de la moneda

Las vías trunacas

ta, más allá del otorgamiento de los planes asistenciales, la represión fue una de las variables configuradoras de la política neoliberal. En efecto, la vertiginosa pérdida de derechos (sociales, laborales) fue acompañada por el endurecimiento del contexto represivo, visible en el aumento y pertrechamiento de las fuerzas represivas. El ejemplo más elocuente fue el de la Gendarmería Nacional, que pasó del cuidado de las fronteras, al control y represión de los conflictos sociales provinciales. Recordemos que las muertes producidas en situaciones de represión, muchas de las cuales no han sido todavía esclarecidas, comenzaron en Cutral-Có (1997), continuaron en Corrientes (1999) y en General Mosconi (2000, 2001), siguieron en Buenos Aires (2001, 2002) y,



más recientemente en Jujuy en la localidad de Ledesma (2003).

En fin, todos los gobiernos, en algún momento, se orientaron hacia el disciplinamiento del movimiento piquetero, proponiendo una distinción entre una “protesta legítima” y otra “ilegítima”, acudiendo en más de un caso a la judicialización y, en el límite, como sucedió en junio de 2002, a la represión selectiva de los grupos más movilizadores. Así, desde 1996 en adelante, los sucesivos gobiernos intentaron deslegitimar la protesta piquetera, asociándola con un supuesto “rebrote” de violencia guerrillera.

Al mismo tiempo, la política represiva fue acompañada por un proceso de judicialización de la protesta, que eleva a más de tres mil los procesados, la mayoría acusados de “interrumpir el tránsito”, o bien, por el delito de “sedición”. En este sentido el gobierno de Néstor Kirchner, pese a su actitud de apertura y de negociación, reafirmó que la judicialización del conflicto social continúa estando entre los repertorios de acción.¹⁹

Cierto es que las nuevas protestas plantearon un conflicto de derechos, tanto a nivel nacional como provincial. En una gran parte de los casos, la justicia se ha venido pronunciando, sin mayor reflexión, en favor del derecho de libre circulación. Más aún, en

¹⁹ Nos referimos a un sonado episodio que tuvo lugar en octubre de 2003, entre algunos grupos piqueteros que rodearon el Ministerio de Trabajo, lo que motivó una denuncia ante la justicia presentada por el gobierno nacional por «privación ilegítima de la libertad». La denuncia finalmente fue retirada, pero este episodio dio origen a una virulenta campaña antipiquetera desde las filas del gobierno nacional, desarrollada en los dos últimos meses de 2003. Esta campaña se apoyó en la molestia objetiva que producen los reiterados cortes de ruta, multiplicados en los últimos dos años, así como en el discurso antipiquetero que vienen desarrollando de manera persistente ciertos medios de comunicación, ligados a sectores de derecha. Así, de un lado, se abrió la posibilidad, en términos de oportunidad política, de reformular nuevamente las fronteras entre “lo legítimo” y “lo ilegítimo”, respecto de la protesta social. De otro lado, el episodio marcó el fin de la resonancia entre los sectores medios y la protesta piquetera, abierto en 2002, preanunciando la llegada de tiempos difíciles, en medio de una polarización ideológica, del aislamiento social y de la amenaza de la represión.

ciertas provincias del interior, de raigambre feudal (Salta es un caso paradigmático), los distintos órdenes del poder estatal han demostrado una franca hostilidad hacia la protesta piquetera, dando cuenta de una fuerte tendencia por reducir sin mayores contemplaciones la “cuestión social” a un hecho policial.

Por último, otra de las estrategias desplegadas por los diferentes gobiernos respecto de las organizaciones piqueteras es la cooptación, a través de prebendas o más sencillamente de un “tratamiento privilegiado”, dirigida a los sectores menos díscolos de la protesta. La hipótesis de la cooptación comenzó a perfilarse como una de las tendencias centrales a partir del gobierno peronista de Néstor Kirchner, en mucho alimentada por aquellos funcionarios y organizaciones sociales que ven en el nuevo presidente la posibilidad de un retorno a las “fuentes históricas” del justicialismo. Esa apuesta, que se vincula con las altas expectativas políticas que el gobierno de Kirchner despertó en amplios sectores de la población, se apoya también en la existencia de determinados grupos muy cercanos al ideario nacional-popular, al interior del cada vez más diversificado espacio piquetero; todo lo cual vuelve a poner en el tapete, una vez más, el fuerte peso de la cultura peronista en los sectores populares.

ACTUALIDAD Y PERSPECTIVAS DE LA EXPERIENCIA PIQUETERA

Los elementos de recomposición social y política que aportan las organizaciones piqueteras señalan una importante continuidad entre lo realizado en las rutas y la tarea efectivamente llevada a cabo en los barrios. La acción colectiva colocó en el centro del discurso y del auto-reconocimiento la cuestión de la dignidad. En la ruta, el piquete instaló la confrontación como modelo de acción, al tiempo que apareció como un lugar de recreación identitaria. Esto permitió pensar la experiencia de la desocupación desde un nuevo lugar y revestirla de otras dimensiones. Fue

Los elementos de recomposición social y política que aportan las organizaciones piqueteras señalan una importante continuidad entre lo realizado en las rutas y la tarea efectivamente llevada a cabo en los barrios.

sin duda desde esta experiencia primera que nuevas formas de hacer política comenzaron a asomar tímidamente.

A lo largo de los años, la acción se continuó en la tarea de los barrios, a partir de la organización del trabajo comunitario, centrado en la resolución de las cuestiones más elementales y urgentes de supervivencia. Una tarea a todas luces menos espectacular que el corte de ruta, y por eso también más “invisible” para el resto de la sociedad. Desde el comienzo, el trabajo territorial absorbió una gran parte de la energía organizativa y ejecutiva de los grupos. Las mujeres, madres de familia –que junto con los jóvenes representan el sector más numeroso– han sido y continúan siendo el sostén “asistencial” del modelo piquetero, pues son ellas las que contribuyen de manera fundamental tanto a la reorganización de la vida cotidiana como a la realización de las labores comunitarias del barrio.

Pese a la urgencia, la gestión del trabajo comunitario ha ido desembocando en la exigencia de dotar de mayor espesor a las profundas experiencias de

Argentina, las tres caras de la moneda

Las vías trunacas

autogestión. No es extraño por ello que detrás de las nuevas estrategias de intervención territorial comience a asomar un universo auto-organizado que poco debe a la tradición sindical argentina (donde la cuestión de la autogestión, a través del control de la producción, está poco presente), como tampoco a la influencia de una matriz comunitaria (como sucede en los países andinos y en los movimientos de corte indigenista). Es cierto que, de ahí en más, en cada organización, la autogestión se inscribe en planteos estratégicos diferentes; pero sin duda y por encima de las divergencias, el hecho de que ésta sea la marca más visible de otras movilizaciones sociales desde las jornadas de diciembre de 2001 (fábricas recuperadas y movimientos de asambleas vecinales, expresiones contraculturales), nos transmite claramente el lugar que ocupa en la “nueva política”.

En suma, los logros que en términos de recomposición social y política han realizado las organizaciones piqueteras han sido significativos, pero no por ello menos frágiles. En este sentido, bien vale la pena añadir que, en los últimos tiempos la afirmación radical de la diversidad condujo a una alta fragmentación, y las controversias político-ideológicas parecen haber afirmado la primacía de una lógica del conflicto entre las diferentes agrupaciones, antes que el pasaje a una lógica de la cooperación.

Así, con menos discursos triunfalistas, posiblemente con mayores riesgos de cooptación, en un contexto de fuerte polarización político-ideológica, la etapa que se abre traerá consigo nuevos desafíos, entre ellos la profundización de la experiencia de la autogestión y la democratización interna, así como la búsqueda de nuevos cruces y articulaciones políticas, no sólo al interior del espacio piquetero, sino muy especialmente con otros sectores sociales. 🐦

BIBLIOGRAFÍA

Aronskind, Ricardo C. (2001), *¿Más cerca o más lejos del desarrollo?: transformaciones económicas en los '90*, Buenos Aires: Libros del Rojas.

- Beccaria, Luis (2002), “Empleo, remuneraciones y diferenciación social en el último cuarto del siglo XX”, en: *AAVV, Sociedad y sociabilidad en la década de los '90*, Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento, Biblos.
- (2001), *Empleo e integración social*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Castel, Robert (1995), *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del asalariado*, Buenos Aires: Paidós.
- (2000), “¿Por qué la clase obrera perdió la partida?”, en: *Revista Actuel Marx*, núm. 2, Argentina: Kohen & Asociados Internacional.
- Colectivo Situaciones y MTD Solano (2002), *La hipótesis 891. Más allá de los piquetes*, Buenos Aires: De Mano en Mano.
- (2003), “Causas y azares. Dilemas del nuevo protagonismo social”, en: *Borradores de Investigación*, núm. 4. Consultado el 3 de noviembre de 2004, Colectivo de Investigación Militante, página web: [http://www.nodo50.org/colectivosituaciones/borradores_04\(causas%20y%20azares\).html](http://www.nodo50.org/colectivosituaciones/borradores_04(causas%20y%20azares).html)
- Cortés, Rosalía y Adriana Marshall (1999), “Estrategia económica, instituciones y negociación política en la reforma social de los noventa”, en: *Desarrollo Económico, Revista de Ciencias Sociales*, vol. 39, núm. 154, Buenos Aires: Instituto de Desarrollo Económico y Social.
- Filleule, Olivier (1993), “Conscience politique, persuasion et mobilisation des engagements. L'exemple du syndicat de chômeurs, 1983-1989”, en: *Sociologie de la protestation. Les formes de l'action collective dans la France contemporaine*, París: L'Harmattan.
- Gerchunoff, Pablo y Juan Carlos Torre (1996), “La política de liberalización económica en la administración de Menem”, en: *Desarrollo Económico, Revista de Ciencias Sociales*, vol. 36, núm. 143, Buenos Aires: Instituto de Desarrollo Económico y Social.
- Gordillo Gastón y Juan Martín Leguizamón (2002), *El río y la frontera. Movilizaciones aborígenes, obras públicas y Mercosur en el Pilcomayo*, Buenos Aires: Biblos.
- James, Daniel (1990), *Resistencia e integración*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Kessler, Gabriel (1996), “Algunas implicancias de la experiencia de desocupación para el individuo y su familia”, en: Luis Beccaria y Néstor López (comps.), *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*, Buenos Aires: UNICEF-Losada.
- Martuccelli, Danilo y Maristella Svampa (1997), *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, Buenos Aires: Losada.
- Merklen, D. (2001) *Inscription territoriale et action collective. Les occupations illégales de terres urbaines depuis les années 1980 en Argentine*, tesis de doctorado, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, París.
- Murmis, Miguel (2000), *Cuestión social y lazos sociales*, Buenos Aires: mimeo.
- Nun, José (2001), *Marginalidad y exclusión social*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Pérez, Germán (2001), *Pálido fuego: Hannah Arendt y la declinación de la figura del trabajador en las sociedades contemporáneas*.

- Apuntes sobre los piqueteros en Argentina*, Buenos Aires: mimeo.
- Polletta, Francesca (1998a), «It was like a fever...? Narrative and identity in social protest», en: *Social Problems*, vol. 45, núm. 2, Berkeley: University of California Press
- (1998b), «Contending Stories: Narrative in Social Movements», en: *Qualitative Sociology*, Vol. 21, núm. 4, New York: Kluwer Academic Publishers.
- Schuster, Federico y Sebastián Pereyra (2001), «La protesta social en la Argentina democrática. Balance y perspectivas de una forma de acción política», en: Norma Giarraca *et al.*, *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, Madrid: Alianza.
- (2002), *La trama de la crisis. Modos y formas de la protesta social a partir de los acontecimientos de diciembre de 2001*, Buenos Aires: Instituto Gino Germani, Universidad de Buenos Aires.
- Simmel, Georg (1986), *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Barcelona: Península.
- Svampa, Maristella (2002), «Las dimensiones de las nuevas movilizaciones sociales», en: *El Rodaballo, Revista de Política y Cultura*, vol. VIII, núm. 14, Buenos Aires
- (2003), «Las dimensiones de las nuevas movilizaciones sociales: las asambleas barriales, segunda parte», en: *El Ojo Mocho. Revista de Crítica Cultural*, Buenos Aires.
- Svampa, Maristella y Sebastian Pereyra (2003), *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires: Biblos.
- Taylor, Charles (1997), *La libertad des modernes*, Paris: PUF.
- Torre, Juan Carlos (1989), *Los sindicatos en el gobierno (1973-1976)*, Buenos Aires: CEAL.
- (2003), «Los huérfanos de la política de partidos. Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria», en: *Desarrollo Económico, Revista de Ciencias Sociales*, vol. 42, núm. 168, Buenos Aires: Instituto de Desarrollo Económico y Social.
- Woods, Marcela (1998), «Redes clientelares en el conurbano bonaerense: usos del espacio y formas de estructuración del poder local», ponencia presentada en las *Terceras Jornadas Internacionales Estado y Sociedad: la Reconstrucción de la Esfera Pública*, Buenos Aires: Centro de Estudios Avanzados, Universidad de Buenos Aires. Consultado el 3 de noviembre de 2004, Equipo NAYa, página web de la Ciudad Virtual de Antropología y Arqueología: http://www.naya.org.ar/miembros/congresos/contenido/cea_2/40.htm
- Zibechi, Raúl (2003), *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento*, Buenos Aires: Letra Libre.

Recibido: abril de 2004
Aceptado: mayo de 2004